

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, DON JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ ZAPATERO, EN LA CUMBRE CONTRA EL HAMBRE Y LA POBREZA

20 de septiembre de 2004

Señor Secretario General, Presidente Lagos, Presidente Chirac, señores Presidentes, Excelencias, Ésta es la primera ocasión en que intervengo en Naciones Unidas y es para mí una profunda satisfacción poder estar en este momento en el que, de la mano del Presidente Lula, de su liderazgo moral, cinco países plantean con voz fuerte una llamada de atención colectiva a la Humanidad sobre una situación que nos denigra como seres humanos después de tantos siglos de convivencia, de progreso y de desarrollo, después de decenas de años de la existencia de Naciones Unidas.

Más de mil millones de personas viven hoy en la pobreza extrema en el mundo. Es, sencillamente, una ignominia; es, sencillamente, un profundo atentado a la condición de la Humanidad.

Hoy hay una alta presencia de líderes en esta sala. Ello es, sin duda, un factor de expectativa y un factor de reconocimiento de que la iniciativa de la Alianza contra el Hambre es una iniciativa necesaria; sin duda alguna, la alianza mayor que hoy necesita la Humanidad: una alianza para acabar con la miseria, una alianza para dar un mínimo de esperanza a quien hoy no tiene ninguna oportunidad.

Esta Casa, esta institución, acordó lo que se conoce como los objetivos de la Cumbre del Milenio: compromisos financieros y de ayuda al desarrollo, también acordados en Monterrey, para facilitar el logro de objetivos de aquí a 2015.

Quiero empezar afirmando que mi Gobierno se ha comprometido, y está decidido, a incrementar la ayuda oficial al desarrollo, elevándola en los próximos cuatro años hasta duplicarla, para alcanzar el 0'5 por 100 del Producto Interior Bruto y así llegar lo más rápidamente posible al 0'7 por 100 del Producto Interior Bruto.

El Banco Mundial y otras muchas instituciones han puesto de manifiesto que para alcanzar los modestos objetivos del Milenio se necesitan anualmente 50.000 o hasta 100.000 millones adicionales a los 50.000 millones que existen hoy, en la actualidad, como ayuda al desarrollo. Es una cifra modesta. No es una cifra elevada, si se tiene en cuenta cuál es el objetivo que se busca. Y no sólo porque, de conseguirse, todavía no se superaría el 0'7 por 100 del PIB de los países desarrollados, sino, sobre todo, porque es un esfuerzo pequeño si lo comparamos con los beneficios que un buen uso puede reportar a todos los habitantes del planeta, a los pobres y a los que no son pobres: sin duda, un mundo más justo; sin duda, un mundo más humano; sin duda, un mundo más próspero; sin duda, un mundo más seguro y, sin duda, un mundo donde rija la ética de la Humanidad.

Este esfuerzo, pues, puede reportar beneficios a todos, porque estamos convencidos de que superar la pobreza contribuye decisivamente a establecer un patrimonio colectivo de bienes públicos mundiales. El primer bien público mundial ha de ser la paz, la salud, la calidad medioambiental, la seguridad humana, los mínimos derechos de la condición de hombres y mujeres.

Las cifras ya se han expresado aquí. Son, sencillamente, estremecedoras, insoportables para cualquier conciencia digna, avergonzantes para el mundo desarrollado. Todo ello nos lleva a plantear con toda crudeza que algo muy serio falla en el orden internacional que intentamos construir. No es para una mayoría ese mundo amigable que desea la inmensa mayoría de la gente; no es para muchos el mundo humano, justo y solidario al que aspiramos; no es un mundo que, en absoluto, nos pueda dejar satisfechos.

Reducir drásticamente la pobreza es una obligación urgente. Comprometerse a la reducción de la pobreza es un acto que depende de la voluntad política, de la democratización de muchas instituciones y de un mínimo de solidaridad de los países más desarrollados. Detrás está la esperanza de millones de seres, de cientos de millones de personas, con una existencia, si es que así se puede llamar a eso, en precario y que, desde luego, tienen puesta, en quienes tenemos la capacidad y el privilegio de hacer más de lo que hacemos, su oportunidad.

Hay que reflexionar juntos, como decía el Presidente Lula; poner nuevos instrumentos financieros; darnos tiempo; pero, ante todo, hay que movilizar a la opinión pública. Hay que secundar el ejemplo y el compromiso de tantos ciudadanos y ciudadanas en el mundo, a través de organizaciones no gubernamentales, que ellos hace mucho tiempo han dado el 0''7 por 100 de su esfuerzo y mucho más. Por tanto, estamos dispuestos a apoyar las propuestas que se han traído aquí, a profundizar en su trabajo: mecanismos innovadores para financiar la lucha contra el hambre y la pobreza. Nuestra aportación ha tenido que ver, esencialmente, con sugerir que, junto a otros instrumentos, se considere la manera de facilitar el flujo internacional de las remesas de los emigrantes, así como posibles vías para su tratamiento como fuente de desarrollo.

Hoy sabemos que es posible reducir drásticamente la pobreza y promover un desarrollo humano y sostenible, basado en un crecimiento con equidad, con cohesión social, con respeto al medio ambiente, con freno a la especulación, con igualdad de derechos para hombres y mujeres, con libertad como esperanza y con un respeto y diálogo a la diversidad cultural.

Tenemos que ser valientes, que es la única condición que se exige a los grandes esfuerzos morales; explorar reformas en las reglas del juego de la política y de la economía internacional; avanzar mucho más rápido en las normas del comercio internacional y, desde luego, dar un tratamiento mucho más generoso para resolver el problema del sobreendeudamiento externo.

En este contexto quiero anunciar que España, más allá de nuestro compromiso con la iniciativa para la reducción de la deuda de los países pobres muy endeudados, se implicará activamente en operaciones de canje de deuda por iniciativas de desarrollo social, especialmente en el campo de la educación primaria.

La consecución de niveles sostenibles de endeudamiento constituye una condición básica para la puesta en marcha de cualquier estrategia de desarrollo y, en particular, para alcanzar el objetivo del Milenio del acceso universal a la enseñanza primaria para 2015.

Nos encontramos ante una profunda obligación, ante una obligación histórica. Hoy se puede erradicar la pobreza y, además, sabemos qué es lo que hay que hacer y cómo hacerlo. No hay ninguna excusa. A los países desarrollados nos corresponde poner a disposición del desarrollo los recursos suficientes, y tener la coherencia entre nuestras políticas públicas con impacto externo y el objetivo del desarrollo. A los países en desarrollo les corresponde utilizar adecuadamente los recursos propios y externos, y llevar a cabo políticas adecuadas para la reducción de la pobreza y el avance hacia el desarrollo humano sostenible.

¡Enhorabuena, Presidente Lula, por tu iniciativa y por tu valentía! Estoy plenamente convencido de que este esfuerzo, que hoy toma velocidad donde tiene que tomarla, en la sede de Naciones Unidas, no va a ser un esfuerzo en balde. Hay que poner todo el empeño, toda la fuerza y todo el coraje que exigen las grandes conquistas, y estoy plenamente convencido de que se puede conseguir y se va a conseguir la erradicación de la pobreza.

Recordemos, una vez más, que todo lo que el hombre ha conseguido en la Historia lo ha soñado antes. Éste es el momento de la victoria sobre la pobreza y de la dignidad de toda la Humanidad. Muchas gracias.